

Friedrich-Stegmann, Hiltrud (ed.), *Viaje a España en 1824 y 1825 de Amalie, princesa de Sajonia*. Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2024, 344 págs. ISBN: 978-84-9717-852-5.

Diego Núñez¹

doi: <https://doi.org/10.5944/etfiv.37.2024.41453>

El príncipe Maximiliano de Sajonia (1759-1838), acompañado de su hija mayor Amalie (1794-1870), realizó un viaje a España entre 1824 y 1825, cuyo destino principal era Madrid con el fin de visitar a la reina Josefa (1803-1829), hija menor del príncipe y tercera esposa de Fernando VII (1784-1833), y a toda la familia real. Desde la salida de Dresde, el 2 de octubre de 1824, hasta su regreso a Pillnitz, el 26 de mayo de 1825, la princesa tuvo a bien escribir un diario, en el que anotaba de manera muy gráfica y pormenorizada las distintas etapas del viaje. En estas anotaciones se puede apreciar muy bien su sólida formación musical y su acusada sensibilidad estética. Conviene asimismo destacar que Amalie es una de las pocas mujeres que figura en la lista de los viajeros extranjeros por España que dejaron constancia escrita de su viaje, siendo además una representante literariamente versada de la alta aristocracia europea. La edición de Hiltrud Friederich-Stegmann es muy completa: cuenta con una Introducción, con un Anexo, en el que se recoge una importante documentación (se insertan en ella, entre otras cosas, las obras de Amalie en el campo de la literatura y de la música), una amplia bibliografía tanto primaria como secundaria, un Índice onomástico y otro toponímico, así como abundantes notas a pie de página (1.545 en total). Es digno de alabar esta cantidad de notas: los que nos dedicamos al oficio de historiadores sabemos muy bien el esfuerzo que muchas veces supone conseguir la información contenida en una sola nota. La Introducción encierra un análisis muy detallado y riguroso sobre la localización y características del manuscrito, a la par que se ofrece una oportuna descripción del marco cultural y político en el que se desarrolla la estancia del príncipe y la princesa en España. La edición española ha aparecido tres años después de la alemana, preparada por la misma historiadora, buena conocedora de la literatura de viajeros alemanes por España en los siglos XVIII y temprano XIX, y de escritos de participantes germanos en la Guerra de la Independencia española.

Como nos indica la doctora Friederich-Stegmann en la Introducción (pág. 37), el príncipe Maximiliano quería haber hecho el viaje mucho antes, pero tuvo que aplazarlo debido a la situación política en España durante el Trienio Liberal (1820-1823) y a la invasión francesa de los 100.000 Hijos de San Luis. Efectivamente, apenas un año antes, el viajero británico Michael Joseph Quin cruzó la frontera española por Irún el 15 de noviembre de 1822, y lo hizo en ferry, pues el puente

1. Catedrático jubilado de Historia del Pensamiento Español de la Universidad Autónoma de Madrid; dnuñez@telefonica.net

sobre el Bidasoa continuaba derruido a los ocho años de su destrucción. Quin nos cuenta que en las plazas mayores de los pueblos por los que pasaba se habían levantado barricadas, «cegando los arcos con primitivos paredones en los que abrieron troneras»². Muy probablemente, las autoridades españolas restauraron el puente con motivo de la visita de los príncipes, pues la comitiva sajona atravesó el río sobre este mítico puente. Es curiosa la anotación de la princesa Amalie al entrar en España: «Parece encontrarse uno en otro tiempo y en otro continente» (pág. 87). Esta observación, ciertamente benévola y romántica, es frecuente en otros viajeros extranjeros: captaron muy pronto la realidad española, que no era otra que España se había mantenido desde el siglo XVII al margen de la modernidad europea.

Desde el punto de vista historiográfico, el presente libro contiene aspectos de verdadero interés. En él podemos encontrar minuciosas descripciones de las costumbres españolas de la época: la indumentaria, los hábitos alimenticios, las aficiones musicales y teatrales de los madrileños, las diversiones, la decoración de los hogares, y no digamos el protocolo y ceremonial de la Corte, que se describe de manera exhaustiva. Aunque la princesa Amalie, por su propia condición, se movió casi todo el tiempo en un ámbito cortesano, menudean también las referencias a episodios de la vida cotidiana popular, como el mercado navideño de la Plaza Mayor de Madrid, al que llegaban los turrone andaluces, o el ruido escandaloso de las lavanderas del río Manzanares. Fue la *Escuela de los Annales* la que incorporó estos datos como objeto historiable frente a la concepción elitista del enfoque histórico tradicional. De ahí la importancia que tiene el conocimiento de estos hechos a la hora de elaborar una Historia de las Mentalidades de cada pueblo.

No menos relevante es la información que hallamos en el diario de la princesa Amalie acerca de los «purificados». Habitualmente, los libros de Historia tratan la Junta de Purificación establecida para purgar a los liberales del Trienio de modo genérico y formalista, pero no se detienen en casos particulares. En cambio, la princesa Amalie nos habla de personas concretas y de la incidencia en su vida del procedimiento purificador, como el marqués de Cerralbo, el coronel Nimio, o el doctor Castelló, que no era llamado a palacio por no estar todavía «purificado». La historiografía liberal ha simplificado con frecuencia el estudio del reinado de Fernando VII centrando el análisis en la persona del rey. Pero el panorama era mucho más complejo. España entró en el siglo XIX con una conciencia nacional escindida tras el fracaso de la Ilustración en nuestro país. Ante la falta de una clase social hegemónica y de un pensamiento político dominante que vertebrara la nación, se comenzó a gestar el fenómeno de la polarización política e ideológica, que llega hasta nuestros días. De una España posible —en expresión de Julián Marías— se pasó a las dos Españas. La ferocidad con la que los realistas perseguían a los liberales del Trienio llegó a escandalizar al duque de Angulema, el jefe de la expedición francesa. En una carta al jefe del gobierno francés Joseph de Villèle, fechada el 28 de junio de 1823, le manifiesta que se siente impotente para controlar la represión

2. Robertson, Ian, *Los curiosos impertinentes. Viajeros ingleses por España (1760-1855)*, Madrid, Editora Nacional, 1975: 85.

que están llevando a cabo las autoridades provisionales. Por eso, Angulema sacó el 28 de agosto de 1823 el Decreto de Andújar con el propósito de moderar y regular las represalias. En realidad, las conspiraciones que a partir de 1824 comenzaron a formarse contra el rey venían de los realistas puros. Denunciaban que, a pesar de las depuraciones oficiales, los liberales y los afrancesados continuaban incrustados en la administración y en el ejército. Las causas de su descontento se pueden resumir de esta guisa: el no restablecimiento del Tribunal del Santo Oficio; la amplitud de la amnistía, y, sobre todo, la negativa a admitir en el ejército a los Voluntarios Realistas. En este descontento de los realistas puros o ultras tenemos ya el germen del partido carlista.

En la página 114, la princesa Amalie nos relata un hecho curioso: «Incluso en tiempos de la Constitución estas mujeres (las lavanderas del Manzanares) no dejaban de mostrar su amor al rey. Al estar prohibido el grito ‘¡Viva el rey!’, se desgañitaban gritando ‘¡Viva la reina y su marido!’... Vi mujeres llevando palos con los retratos del rey y de la reina». Podemos comprobar igualmente en las páginas del diario cómo estas manifestaciones de júbilo y alborozo se repetían allí donde los reyes iban. Este dato de la popularidad del rey no suele aparecer en los libros de la historiografía liberal, pero, mal que nos pese, es fundamental para entender la naturaleza del liberalismo español. El pueblo español ha llevado a cabo gestas heroicas en el campo de batalla, mas estas gestas no iban acompañadas de una voluntad de renovación de las estructuras del país. Por su parte, los liberales españoles redactaron una de las Constituciones más brillantes de Europa, pero sin apoyo social. Como diría Carlos Marx en su obra *La revolución en España*, en Cádiz había ideas sin hechos, y en los montes, hechos sin ideas. Manuel Azaña, con su habitual lucidez, lo diagnosticó certeramente en su Discurso de apertura del curso académico 1930-31 del Ateneo de Madrid: «Al liberalismo español le ha faltado siempre una base social de poder». Éste fue su drama a lo largo de la historia contemporánea de nuestro país. La I y la II Repúblicas naufragaron en medio de esta precariedad sociológica.

Bienvenida sea, pues, esta edición del diario de viaje a España de la princesa Amalie.

